

La casa de la montaña

Yoselin Goncalves

La casa de la montaña



Yoselin Goncalves

Capítulo 1

Lena perdió a su esposo en la guerra cuando tenía apenas veinte años. Luchó durante mucho tiempo contra la tristeza y la desolación, también contra el impulso de abandonarlo todo para ir en su búsqueda. No quería perder la esperanza de que aún estuviera vivo. Los familiares de él se encontraban demasiado lejos. Eran además muy pobres como para hacer un viaje tan largo y costoso hacia esa montaña alejada donde se marchó la pareja luego del matrimonio. La familia de Lena había muerto hacía tiempo en un accidente del que apenas conservaba imágenes cada vez más borrosas.

A Lena no le quedó más remedio que recuperarse a fuerza de entereza. Se las arregló preparando almuerzos que bajaba a vender en el mercado los fines de semana. No ganaba mucho, pero le daba para comer y mantener la casa. Ella y su esposo no tuvieron hijos.

Él era un hombre fiel a sus principios. Fue a la guerra porque su padre le había ordenado ir. Su madre insistió en que era mejor que se quedara cuidando de su matrimonio y haciendo lo posible por tener hijos, pero él creía en los ideales del padre. Lena no estaba muy convencida, pero su esposo le prometió regresar. El padre le dijo que sería un honor para todos, lo dijo antes de que su hijo partiera. Este se fue con la convicción de la obediencia y con el deseo de convertirse en el orgullo de la familia, pero regresó en una caja. Su padre miró la caja por largos minutos, después comentó en voz baja que su hijo murió como un héroe. Lena apretó los labios para no decir lo que le estallaba por dentro, pero desde ese día decidió cortar cualquier contacto con ellos.

Durante un tiempo cumplió la rutina de una mujer solitaria. Muy temprano, después de prepararse el café, Lena se paraba en el umbral de la puerta para observar el paisaje. La ladera de la montaña era un bosque de árboles frondosos que terminaba en un pequeño lago en forma de conejo. Su esposo y ella habían nadado en sus aguas varias veces entre risas y promesas sobre el porvenir. Lena se pasaba la mano por la cara como quien se sacude un sentimiento incómodo, y volvía a sus labores.

Una mañana, mientras sorbía su café, un hombre alto se cruzó en su mirada. Tenía el cabello alborotado, lucía sucio, tal vez cansado. Aparentaba unos treinta o cuarenta años; casado, seguramente, un hombre a esa edad está casado o es viudo, dedujo Lena. A pesar de su porte desaliñado, se le veía fuerte. Sujetaba una bolsa de lona y miraba de frente hacia el camino. Ella se quedó pensando en su andar lento y despreocupado. Él no la miró, iba concentrado en algún pensamiento. Del mismo modo en que apareció desapareció de su vista al girar en uno de

los senderos de la montaña. Lena entró en la casa, pero minutos después se volvió a asomar para ver si el hombre regresaba.

Y lo hizo. Pero al día siguiente. Lena lo esperó con su taza de café en la mano. El hombre iba con la mirada fija en sus zapatos. Cargaba la misma bolsa de lona, pero ese día no se veía tan sucio. Llevaba un sombrero, detalle nuevo, pensó Lena. El sol se ocultó tras las nubes, empezó a hacer frío. La soledad de Lena, esa soledad de mujer que se adhiere al cuerpo como un tejido hecho de culpa y deseo, la obligaba a preguntarse: ¿Y si lo invito a tomar o comer algo? ¿Podría prepararle un bizcocho... o una limonada, tal vez tenga sed? Pero si es casado, ¿no sería una situación incómoda, inapropiada? Mientras se debatía sobre lo que deseaba hacer, el hombre volvió a aparecer pero esta vez en su imaginación.

Así pasó una semana. A veces el hombre llevaba el sombrero y otras no. A medida que transcurrían los días se le notaba más recobrado y con los hombros menos caídos. En una oportunidad lo vio llevar dos bolsas de lona. Lena solo lo observaba, las preguntas le resonaban en la cabeza y empezaba a tomar más café de la cuenta, pero no se atrevía a hablarle. Ninguno de esos días el hombre elevó la vista hacia su casa. Pero un jueves muy temprano, cuando Lena intentaba limpiar la cocina, el calentador hizo un ruido extraño y dejó de funcionar. Era la temporada más fría del año y Lena no sabía a quién pedirle ayuda. Entonces decidió esperar al hombre hasta que finalmente lo vio. Llevaba un abrigo no muy grueso que apenas le cubría el cuerpo. Esta vez no llevaba sombrero y su cabello negro se agitaba con el viento. Debe tener frío, pensó Lena y se atrevió a llamarlo.

—¡Hola! —le gritó. Lo hizo sin pensarlo mucho. Necesitaba ayuda después de todo.

El hombre no la escuchó. O hizo como si no la escuchara y siguió su camino.

—¡Hola! ¡Disculpe! —agitó la mano Lena.

El hombre se detuvo y por primera vez se volteó a mirarla. Durante los días que lo estuvo observando, Lena nunca le había visto la cara de frente. Solo el perfil. Tenía la nariz ancha, pero no había podido notar otro detalle debido a la distancia y el polvo que levantó el fuerte viento.

—Necesito ayuda. Disculpe que le moleste.

Hubo un silencio. Ella imaginó que el hombre seguiría de largo, pero él se detuvo unos segundos como si estuviera pensando qué decisión tomar y luego siguió el sendero en dirección hacia su casa. Lena se puso nerviosa, pero intentó que él no se diera cuenta. Cuando estuvo más cerca, pudo

notar sus labios gruesos y sus pequeños ojos oscuros.

—Señora, buenas tardes. ¿En qué puedo ayudarla? —dijo con una voz firme aunque cortés. Lena sonrió.

—Es que mi calentador se dañó... No tengo a nadie que me ayude.

—¿Está sola?

Ella dudó en responder. Luego bajó la cabeza y asintió.

El hombre se fijó en el anillo de matrimonio que ella conservaba en su mano izquierda. Lena se percató de esa mirada y dijo sin mayores explicaciones:

—Murió en la guerra.

El hombre hizo silencio y Lena le indicó que pasara. Él entró mirando detenidamente a su alrededor.

—Me llamo Andrew.

Lena lo miró a los ojos.

—Me llamo Lena. El calentador está por allá..., en el sótano. ¿Quiere café? Hace mucho frío.

—Gracias.

Lena se internó en la cocina y Andrew se dirigió hacia el lugar que ella le indicó. La casa tenía un pasillo pequeño que conducía al sótano. Luego de preparar el café, Lena pensaba en qué más podía decirle sin parecer una entrometida. Bajó los escalones con prisa, y el paño que llevaba se le cayó en uno de los escalones. Luego regresaría por él, tenía las manos ocupadas. Se acercó sonriendo.

—Agradezco la taza de café.

—Gracias a usted por detenerse. Lamento haberle molestado...

—Está bien —Andrew bebió un sorbo y dejó la taza a un lado para ponerse a trabajar. Lena se alejó un poco para darle espacio.

—¿Vive por la zona?

Andrew negó y se pasó las palmas de las manos por los pantalones. Lena

guardó silencio.

—Lo he visto pasar varias veces, pensé que era un nuevo vecino. Aunque por acá no vive nadie.

Él sonrió y negó de nuevo.

—Trabajo en las minas. Bueno, trabajaba en las minas, hoy fui a buscar mi último sueldo. No es un trabajo para mí.

—¿Por qué?

Pasó un rato antes de que Andrew volviera a hablar. Estaba concentrado en lo que hacía.

—Es muy oscuro. No me gustan los lugares oscuros.

A Lena esa respuesta le pareció un tanto extraña, pero le picó la curiosidad. Quería preguntar más pero no sabía qué, ni sabía cómo.

—Oh, por eso hoy no llevaba la lona.

—¿La lona?

Andrew la miró extrañado y Lena se sintió intimidada.

—Sí, antes lo vi con una...

—Es muy observadora —dijo él con seriedad.

Luego sonrió y Lena no supo qué más hacer con su silencio. Sabía que lo estaba incomodando, así que no lo interrumpió de nuevo. No era un hombre demasiado expresivo ni atractivo, pero tenía algo, algo que impulsaba a Lena a querer saber más sobre él.

Al terminar, la miró con una sonrisa.

—Listo. Era un problema menor, pero tenga cuidado cuando lo encienda.

—Gracias, de nuevo... ¿Quiere un pedazo de bizcocho?

Andrew negó con la cabeza y se dirigió hacia la salida. Empezó a subir los escalones. Iba mirándola cuando la punta del zapato pisó el paño húmedo que se le había caído a Lena. No supo qué fue lo que pasó primero, todo sucedió muy rápido. La sonrisa de Andrew, él mirándola, él subiendo los escalones, él intentando sostenerse de la pared, él cayendo hacia atrás. Ella no pudo reaccionar. Andrew cayó estrepitosamente y luego hubo ese sonido seco que Lena no ha podido olvidar. La cabeza de Andrew contra el

calentador, su cuerpo tendido sobre las herramientas desparramadas en el piso. Hubo un leve quejido y después silencio. Ella pudo ver cómo la sangre salía profusamente de la cabeza formando un charco a su alrededor. Se llevó las manos a la boca y luego gritó. Solo en ese instante, en el silencio de aquel horrible escenario, pudo reaccionar. Se inclinó de rodillas, le preguntó estúpidamente al hombre si se encontraba bien. Tenía que levantarse, ¿no?, no había sido nada grave después de todo... Lena tardaría algunos minutos, inmensos minutos en entender que Andrew no abriría más los ojos y el dolor volvió y la rompió en pedazos. Permaneció un largo rato como petrificada hasta que se le secaron las lágrimas. Entonces se puso de pie y supo lo que tenía que hacer.

Días después y luego de mucho buscar, Lena descubrió muy cerca del lago y escondida entre la espesura del bosque la cabaña donde Andrew había permanecido esa temporada. Era pobre y diminuta, hecha con materiales rudimentarios, pero todo estaba ordenado. Bajo el bloque de paja que hacía de cama encontró un cuaderno de cuero con algunos escritos: apuntes de viaje, listas de materiales y unos cuantos poemas. Permaneció leyendo hasta que cayó la noche y no encontró nada que pudiera alumbrarla. *No me gustan los lugares oscuros*, creyó escuchar Lena dentro de sí.

Regresó a casa llevándose el cuaderno de Andrew. Después de todo, él parecía no tener a nadie más. Solo a ella, quiso creer Lena. Se sentó en una silla en la entrada, como cuando lo esperaba pasar, y leyó algunos de sus versos. Lena pensó que Andrew no era un gran escritor, pero tampoco era malo. Seguía haciendo frío, pero el calentador funcionaba muy bien. Mientras leía, creyó notar que alguien se acercaba por el camino. Era un hombre de baja estatura, de piel oscura y sombrero negro. Llevaba una lona igual a la que acostumbraba cargar Andrew. Lena lo miró caminar con lentitud, sin alzar la vista hacia la casa, hasta que desapareció tras un montículo de tierra. En ese momento Lena se restregó los ojos, bajó la vista al cuaderno y pronunció en voz alta:

*Mientras camino por estos campos
aire puro, sofocante
recuerdo cuando te dejé
en medio de la tormenta
también pura, sofocante
del mar.*